

dor<sup>1</sup>, es uno de sus dones, siendo consecuencia necesaria y natural de la caridad difundida por el mismo Espíritu en los corazones de los fieles en donde ha venido á morar como en su alcázar<sup>2</sup>. La caridad ¿no es el sello de la religión de Cristo? ¿no es el distintivo legítimo de su escuela?<sup>3</sup> El cristianismo ¿es otra cosa que el venturoso reinado del amor? Luego el cristianismo es la religión de la paz. ¡Ah! ¡no es cristiano de pura raza el pueblo del motín y de la revolución! ¡No es cristiano el bando que solivianta las pasiones banderizas, y atiza odios y rencores, y ensangrienta las ciudades, y arrasa las campiñas!... Y ¿puede vanagloriarse de cristiana la nación que lleva, fuera de necesidad extrema, la guerra con todos sus horrores á otra nación hermana, y la que ve despedazados á sus propios hijos en contiendas civiles parricidas? ¡No, mil veces no! Pues quien tal hace no ha gustado del fruto de la paz de Cristo: *No conocieron las sendas de la paz*<sup>4</sup>. ¡Ah! la paz de Cristo es la única verdadera y completa y digna de este nombre. *Mi paz os dejo*, decía el Salvador á sus discípulos, *mi paz os doy, no la que el mundo da, sino otra muy distinta*<sup>5</sup>. Es paz que llega al corazón y tranquiliza eternamente, como la del cielo.

7. No nos detengamos en la comparación de la paz de Cristo y la del mundo. ¡Cuántas reflexiones pudiéramos hacer sobre la falsedad de ésta, sobre su carácter hipócrita, puramente exterior y casi siempre deleznable! Sondeando más bien la naturaleza de la religión cristiana, parémonos á considerar el medio por donde ella

<sup>1</sup> Gal. 5, 22.<sup>2</sup> Rom. 5, 5.<sup>3</sup> Io. 13, 35.<sup>4</sup> Rom. 3, 17.<sup>5</sup> Io. 14, 27.

nos asegura la posesión de la paz que no miente ni caduca, el goce de la paz verdadera y estable. Siempre fué la victoria el medio necesario para obtener y afianzar la paz de las naciones, según el conocido aforismo antiguo: *Si vis pacem, para bellum*. Pues también lo es para el reposo de las almas la victoria alcanzada en la gran lucha con las pasiones aviesas que bullen en el humano corazón, introduciendo en él, con el desorden, la intranquilidad, según lo observó el santo Apóstol: *¿De dónde nacen en vosotros las guerras y combates? ¿no es por ventura de las concupiscencias que guerrear en vuestro interior?*<sup>1</sup> Menester es, por tanto, hacer cruda, implacable guerra á las tumultuosas pasiones para llegar por el triunfo sobre ellas al goce de la bienaventuranza prometida á los pacíficos poseedores de sí mismos. «¡Ay de mí!» exclama el profundo autor de la Imitación de Cristo, «¡que todavía vive en mí ser el hombre viejo, no está del todo crucificado, no está perfectamente muerto! Por eso mueve guerra interior, y no deja al alma reinar en santa paz.»<sup>2</sup> De aquí que diga sin rebozo nuestro divino Salvador: *No he venido á traer paz á la tierra, sino espada*<sup>3</sup>, por más que esta declaración de guerra parezca contradictoria con aquella otra afirmación: *Mi paz os doy: la paz sea con vosotros*<sup>4</sup>. La aparente contradicción se explica fácilmente, cristianos, observando que la paz de Jesucristo no excluye el previo combate, necesario para conseguirla, antes lo implica; ó de otra manera: Jesucristo da la paz á los hombres, declarando guerra abierta á las pasiones enemigas del hombre y robadoras de su reposo. Debe-

<sup>1</sup> Iac. 4, 1.<sup>2</sup> Imit. Christi lib. III, cap. 10.<sup>3</sup> Matth. 10, 34.<sup>4</sup> Io. 20, 19.



ladas éstas, la paz florecerá sobre la tierra al lado de la justicia en la abundancia del gozo del Espíritu Santo <sup>1</sup>.

8. Si, pues, el cristianismo es la religión de la paz, la sagrada Eucaristía deberá llamarse *Sacramento de la paz* <sup>2</sup>, por el cual dijo Dios por Isaías que haría correr hacia las almas *como un río de paz* <sup>3</sup>. Y en efecto ¿no lo atestiguan claramente así los mismos ritos venerandos con que se celebra y administra en la Iglesia? ¿Por qué se anuncia desde el principio la nueva feliz de la paz repitiendo el himno angélico de Belén? ¿Por qué el Pontífice saluda á los fieles con aquellas hermosas palabras del Salvador resucitado: *Pax vobis*? Y después de implorar del Cordero de Dios que borra los pecados del mundo el don de la paz: *Dona nobis pacem*, ¿por qué aquel ósculo y aquellos abrazos fraternales en mitad del sacrificio? Demasiado significativas son estas bellas ceremonias para no columbrar en ellas el espíritu del sacrificio eucarístico. Por otra parte, la preparación obligada, así para recibir el Sacramento como para ofrecer el sacrificio, no es otra que la adquisición de la paz ó su arreglo, ya con Dios por medio del Sacramento de la penitencia, ya con los hombres por una franca y sincera reconciliación <sup>4</sup>. De otra suerte no es lícito al hombre acercarse al altar, ni siquiera á las gradas de la santa Mesa. Y su fruto ¿cuál es sino de paz? Además de aquélla que, cual río caudaloso, inunda el alma del que recibe á su Dios sacramentado, trayéndole afluencia de bienes celestiales, la concordia es el fruto propio y peculiar de aquel Sacramento que por eso se

<sup>1</sup> Rom. 14, 17.

<sup>2</sup> Statuit illi testamentum pacis (Eccli. 45, 30).

<sup>3</sup> Is. 66, 12.      <sup>4</sup> Matth. 5, 24.

llama *de la comunión*, por cuanto reúne en comunidad de sentimientos y afectos de amor mutuo á todos los hijos de la Madre Iglesia sentados á la mesa de familia <sup>1</sup>. *¡Oh Sacramento de piedad*, exclamaré con San Agustín <sup>2</sup>, *oh signo de unidad, oh vínculo de caridad!* Todo esto nos advierte, concluye el mismo Padre, cuánto debemos amar la unión y temer la división entre los fieles <sup>3</sup>, supuesto que nada hay tan temible y detestable como la guerra, nada tan amable y apetecible como la paz.

## II.

9. En verdad, hermanos míos, la paz de Cristo, fruto, como dejamos dicho, de la sagrada Eucaristía, es, como vamos á ver en segundo lugar, el más rico manantial de prosperidad para los pueblos, porque, como canta la Iglesia: *Multiplicados los fieles por el fruto del sagrado trigo y del vino que hace vírgenes, descansan en la paz de Cristo* <sup>4</sup>. Desde luego se comprende que no hay felicidad cumplida para el corazón del hombre sino en la posesión perfecta de la paz. *¡Bienaventurados los pacíficos!* ha dicho la Verdad eterna <sup>5</sup>, *porque ellos serán llamados hijos de Dios*; y no sin razón, pues, como agudamente discurre el gran Doctor San Agustín, en la paz está la perfección, y por eso merecen llamarse hijos de Dios los que la tienen, por cuanto expresan al vivo la semejanza del Padre celestial, infinitamente perfecto <sup>6</sup>. ¿En qué otra cosa debe cifrar la felicidad el ser racional sino en el reinado pacífico del bien, en el concierto del orden dentro y fuera

<sup>1</sup> Congregavit nos Dominus (offic. SS. Sacram.).

<sup>2</sup> Tr. 26 in Io.      <sup>3</sup> Tr. 27 in Io.

<sup>4</sup> Ut supra.      <sup>5</sup> Matth. 5, 9.

<sup>6</sup> L. 1 de serm. Domini in monte.



de sí mismo? Pues tal es el estado felicísimo, dice el mismo Santo, del hombre pacífico, en quien todo está tan bien ordenado, que lo que es principal y más excelente en el hombre, eso impera sin resistencia de los elementos inferiores, esto es, de los apetitos comunes al hombre y á la bestia; y aun aquello mismo que sobresale en el ser humano, como es, el alma racional, está sujeto á otro principio superior que es la Verdad, el Hijo Unigénito de Dios. Ésta es la vida del sabio consumado y perfecto. Ésta es, por lo tanto, la suprema felicidad sobre la tierra, felicidad que no son parte á destruir las más encarnizadas persecuciones concitadas en lo de fuera por Satanás, enemigo de todo bien y perturbador universal.

10. Discurriendo por analogía deberíamos decir, amados fieles: *¡Bienaventurados los pueblos pacíficos!* porque ellos se granjearán el renombre de pueblos de Dios, como el antiguo pueblo de Jacob, escogido y colmado de bendiciones, de quien dijo el profeta: *¡Dichoso el pueblo al cual Dios eligió, para sí, como su herencia!*<sup>1</sup> Ése es el pueblo que sabe regocijarse<sup>2</sup>, ése es el pueblo feliz. Porque, así como no hay felicidad para el individuo fuera de los caminos de la virtud, así tampoco la hay para los pueblos fuera de los senderos de la paz. La paz supone, así en lo individual como en lo social, la victoria de la razón sobre las turbulentas pasiones que producen el trastorno de las almas y de las sociedades. Ella, pues, constituye una virtud pública, ó, mejor dicho, es el resultado de muchas y muy nobles virtudes cívicas y morales, á las que naturalmente corresponde la corona de la prosperidad, que es el *desideratum* y

<sup>1</sup> Ps. 32, 12.

<sup>2</sup> Beatus populus qui scit iubilationem (Ps. 88, 16).

el orgullo de las naciones. No es otra cosa la pública prosperidad sino el creciente desarrollo de todos los elementos de bienestar que en todo orden, material, moral y religioso, posee la sociedad. Pero ¿á quién no se le alcanza que ningún género de progreso es hacedero y realizable sino en el firme terreno de la paz? ¿Qué puede edificarse sobre arena movediza, ó qué torre podrá resistir á los sacudimientos de un terreno volcánico? De ahí el atraso material y moral en que yacen muchos países, como los de nuestra hermosa América, llamados por mil títulos á disfrutar de un alto grado de prosperidad y grandeza en el cuadro de las naciones civilizadas. ¿Quién no lo sabe aquí perfectamente? ¿Quién no lamenta en lo más hondo del alma las disensiones civiles, origen de todas nuestras interminables desventuras? Sí, carísimos hermanos: sin el imperio de la pública tranquilidad no hay riqueza nacional, por más oro que circule en nuestras venas minerales, no hay industria de alguna consideración, no hay artes, ni ciencias, ni aun moralidad en las costumbres: no hay sino atraso, ignorancia, mendicidad y repugnantes vicios. Huelga en este sitio y ocasión demostrar los males horribles del monstruo de la guerra, penetrados como estamos todos del justo horror que despierta hasta su nombre. Y, sin embargo, no estamos aún seguros de vernos para siempre libres de sus pérfidos amaños y espantosos estragos. ¿Qué magia infernal y verdaderamente satánica tiene esa Furia en el corazón de ciertos pueblos, que, con sólo agitar su rojo pabellón, levanta masas de hombres, más que entusiastas, fanáticos, arras-trándolos ciegos al campo de batalla para despedazarse mutuamente, y dejar empapado el suelo de la patria en lágrimas y sangre? ¿Es posible que la guerra, y



la peor de las guerras, la intestina, haya llegado á hacerse endémica, ó más bien cáncer corrosivo y gangrena mortal de tantas infortunadas naciones hispanoamericanas? La revolución permanente parece haber sentado sus funestos reales en medio de este hermoso Continente. ¡Ah! ¿qué porvenir nos aguarda, si no logramos con el favor del cielo afianzar de veras el imperio de la paz pública, extinguido para siempre el espíritu de odio y de revuelta?

II. Pero hemos de convenir, carísimos oyentes, en que este triunfo nobilísimo sólo puede obtenerlo aquí y en todas partes, el espíritu de nuestra santa religión, y, más en concreto, el culto fervoroso de la sagrada Eucaristía. Las razones, después de lo expuesto en la primera parte de este discurso, parecen obvias y sencillas; podemos, no obstante, corroborarlas con sólo reflexionar sobre la insuficiencia de los otros medios inútilmente ensayados y puestos en práctica para el logro de la paz. En efecto, ¿á qué no se ha acudido para obtener este bien supremo en los pueblos devorados por el espíritu anárquico y revolucionario? Ahí están en primer lugar los grandes ejércitos permanentes que cuestan á los gobiernos sumas fabulosas, dejándolos incapacitados para hacer otras erogaciones que serían de suma utilidad y aun de necesidad urgente para el servicio público, y hasta gravando el erario con enorme deuda nacional. Y ¿qué puede hacer, á pesar de tales sacrificios, la fuerza armada sino dar una paz exterior, también forzada, como efecto de la fuerza material, paz violenta y no durable<sup>1</sup>, pronta á desaparecer en el momento en que pueda sacudirse la aborrecida presión, según lo tiene ya demostrado la experiencia? Los in-

<sup>1</sup> Nihil violentum, perpetuum.

tereses particulares tampoco alcanzan á fundar una paz sólida y duradera, como quiera que ellos mismos son varios y mudables, no siendo, por otra parte, capaces de contener los desenfadados apetitos de la multitud desheredada, que antes bien los provocan estimulando á las masas á la revuelta con la loca esperanza del botín. En vano se ha apelado, como á arbitrio decisivo y seguro, á la difusión de la cultura intelectual por la multiplicación de escuelas laicas é institutos científicos de carácter pagano, puesto caso que las llamadas luces no enfrenan las brutales pasiones de un corazón corrompido por el materialismo ateo, antes bien le sugieren medios más abundantes para satisfacerlas... ¿Qué resta, pues, sino el espíritu cristiano, las luces verdaderas de la fe, el espíritu de temor de Dios y de respeto á todo lo que represente la augusta autoridad divina, la moderación de los deseos terrenales, calmados con la esperanza de bienes eternos, en fin, la caridad fraternal que nos vino á enseñar Jesucristo, y cuyo fuego se aviva continuamente con el culto de la adorable Eucaristía? Desengañémonos, cristianos: éstos y no otros son los principios que han de obrar la tranquilidad tan deseada de las almas, produciendo en consecuencia la tranquilidad pública; porque, bien así como el cristianismo promulgó desde la gruta de Belén la ley de la paz universal, del mismo modo la promulga hoy y seguirá promulgándola desde el tabernáculo del Dios sacramentado. De aquí, pues, ha de brotar el torrente de paz que alegre la Ciudad de Dios, hermoso río que, arrastrando en sus ondas todos los elementos de discordia, asegure para muchos años la tranquilidad de que hoy felizmente disfruta la República. Así sea.